

chap. 7 on the disappointments of several conservation projects in Papua New Guinea, it appears that more mundane problems like a lack of funding and the inability to compete with more lucrative economic uses of the forest were a major contributor to the demise of UN projects, not simply the poor visualization and incomplete knowledge of the funders.

While this work is likely to be of interests for academics already working in the field of the political ecology of conservation, it is hard to see a broader audience for it. For work that is about description and representation, too often the ethnographic descriptions and details of ecological visions are fairly thin, and not enough connections are drawn between the chapters. Some of the chapters also fall victim to a standard critique of political ecology, and that is there is too much politics and not enough ecology; the ways in which the actually existing environment serves to shape visions and concepts of management for it are not explained in much depth. Nonetheless, those already in this field are likely to find some stimulating visions throughout the work, and for them, it is definitely recommended.

Pamela McElwee

Combès, Isabelle: Diccionario étnico. Santa Cruz la Vieja y su entorno en el siglo XVI. Cochabamba: Instituto de Misionología; Editorial Itinerarios; Misiones Franciscanas Conventuales, 2010. 406 pp. ISBN 978-99905-946-8. (Colección Scripta Autochtona, 4) Precio: \$ 51.60

Cualquier entusiasta de la tumultuosa historia del Oriente boliviano sabe más sobre las hazañas legendarias de Ñuflo de Chaves y sus abnegadas huestes que sobre las poblaciones indígenas a las que éstas sometieron. Sobre un telón de fondo saturado de riquezas fantásticas, de expediciones truncas, de revueltas sangrientas e intrigas políticas, la historiografía oficial se complace evocando las hazañas de Alejo García, de Juan de Ayolas, de Domingo Martínez de Irala, de Andrés Manso; sin embargo, como señala Isabelle Combès, al mismo tiempo, o tal vez debido a ello, los “naturales” son ignorados, encomendados o aun esclavizados sin que se les preste mayor atención, como si fueran un componente más del tupido monte cruceño.

Sin embargo, las fuentes sobre la primera Santa Cruz también revelan con claridad fenómenos contemporáneos a las gestas de los próceres como el reparto de mano de obra bajo la forma de encomiendas, la cacería de indígenas por parte de los esclavistas cruceños, las epidemias que diezmaron a las poblaciones autóctonas, las huidas de los indios para escapar del sometimiento español o del acoso de indígenas belicosos como los chiriguano. Combès reconstruye el mapa étnico con el cual se toparon los primeros colonizadores analizando de forma crítica las informaciones historiográficas existentes sobre los indígenas de Santa Cruz y su periferia en un marco cronológico estricto, que va desde 1542 – fecha del primer informe de Domingo de Irala sobre la zona – hasta inicios del siglo XVII, cuando Santa Cruz se traslada hacia los llamados llanos de Grigotá. Para ello compiló y ordenó alfabéticamente los diversos gentilicios que surgen de los docu-

mentos: debido a la fragmentación de los datos algunas de las entradas son naturalmente breves; otras, en cambio, constituyen pequeños tratados etnohistóricos como “Candire”, “Chiriguana”, “Gorgotoqui”, “Orejones”, “Tamacoci” o “Xaray”.

Hace más de dos siglos, el jesuita Joaquín Camaño era perfectamente consciente de las aporías implícitas en semejante empresa: “Sucede también que a una misma Nación le dieron los Españoles antiguos un nombre, y los más modernos otro; o los de una Provincia la llamaron con uno, y los de otra con otro nombre; o las Naciones confinantes que la conocen, le dan cada una un nombre distinto según su lengua; el historiador o geógrafo poco práctico de esas tierras, recoge todos esos nombres contando bajo cada uno una Nación distinta”. Con la misma lucidez hermenéutica que el jesuita Combès reflexiona sobre las dificultades que implicó la síntesis de una copiosa cantidad de documentos publicados e inéditos. Cuestiona por ejemplo la fusión de informaciones cronológicamente dispares en los mapas étnicos de Alfred Métraux, que entremezclan datos que van desde el siglo XVI hasta el siglo XIX e incluso más allá; así, los gorgotoquis quinientistas aparecen conviviendo junto a los tsirakuis de la década de 1920. Combès también cuestiona el agrupamiento de los grupos indígenas por familias lingüísticas, ya que a su juicio el juego de las alianzas regionales privilegiaba claramente la vecindad y los contactos concretos por sobre el parentesco lingüístico; o, en otras palabras, en el eterno debate etnológico sobre las relaciones entre variables como lengua, territorio e identidad étnica reflota la idea de área cultural por sobre el enfoque tipológico.

Los historiadores conocen bien los dilemas implícitos en la interpretación de categorías como “naciones”, “generaciones”, “parcialidades”, “casas” y “pueblos”. Sin embargo, el trabajo de Combès enfatiza felizmente el componente “etno” de la “etnohistoria”. Para ello abreva en la fecunda línea analítica propuesta sucesivamente por Evans-Pritchard, Dumont y Barth reflexionando sistemáticamente sobre el problema de la identidad relativa y las significaciones niveladas de las categorías étnicas. Así, analiza el papel mediador de los guías, baqueanos e intérpretes indígenas en la atribución de exónimos; es el caso, por ejemplo, de numerosos gentilicios que llevan el sufijo chiquitano *-coçi*, que no implica necesariamente que los grupos referenciados hayan hablado el chiquitano sino más bien que fueron llamados de ese modo por mediadores chiquitano-hablantes. (Lo mismo puede decirse sobre el sufijo *-ono*, un pluralizador común en las lenguas arawak meridionales.) De esta forma se comprueba cómo los “etnónimos” se destilan en un tamiz de mediaciones, traducciones y deformaciones que vuelven imposible rastrear el término original. Otro problema frecuente es la aparición de categorías genéricas aplicadas a diferentes grupos en diferentes épocas y lugares, origen de procesos de homonimia que no implican en modo alguno la existencia de “parcialidades” de una misma “nación”: aquí los ejemplos más resonantes son “guarayo” o “chiriguano”, pero también son interesantes los términos “timbú” (término guaraní aplicable a cualquier grupo con la cos-

tumbre de perforarse los labios) o “nambikua” (de *nambi*, oreja en guaraní), que designaba a diferentes sociedades que los españoles llamaban “orejones” sin que estos grupos tuvieran ninguna relación entre sí.

Además de la riqueza de las entradas etnonímicas, Combès ofrece conclusiones sobre la historia regional desde un punto de vista comparativo: “Al cabo de este breve recorrido, un aspecto fundamental queda sin embargo muy claro: sean pequeños grupos pescadores o grandes núcleos agricultores, sea cual fuere su pertenencia lingüística, prácticamente todos los grupos de esta macro-región parecen haber estado interconectados: por el trueque o el robo del metal, por su participación en expediciones guerreras, por alianzas matrimoniales, por relaciones de amos a esclavos. Más allá, esta red se extiende por ejemplo río Paraguay abajo (y de ahí al Atlántico), al occidente hasta los Andes, etc.” (37). Santa Cruz no debe concebirse entonces como un núcleo poblacional aislado sino como el epicentro de un macrosistema multiétnico situado estratégicamente entre el Gran Chaco y los llanos chiquitanos, entre el Pantanal y las estibaciones andinas.

Tras los pasos de Alfred Métraux y Branislava Susnik, esta obra tiene el mérito adicional de no caer en el extremismo de los historiadores, que en busca del documento perdido poco se interesan por los modelos que explican la vida social amerindia, ni en el tenaz sincronismo de los etnólogos, por lo general poco afectos a revisar archivos y a cuidar las cronologías; en este sentido, Combès ofrece una muestra cabal de auténtica etnohistoria. No cuesta demasiado encontrar las razones por las cuales este libro seguramente se transformará en una referencia ineludible para los amantes de la historia de las tierras bajas sudamericanas: se trata de una investigación de ambición decimonónica pero de resolución contemporánea; del tipo de obra que obliga a emplear epítetos como “monumental” o “titánica” aunque a pesar de estar bien escrita es más consultada que leída; de una fuente de consulta permanente para cualquier biblioteca que se precie en la mejor tradición de los cuatro volúmenes de las “Mythologiques”, los seis del “Handbook of South American Indians” y los doce de “The Golden Bough”.
Diego Villar

Courtens, Ien: *Restoring the Balance. Performing Healing in West Papua.* Leiden: KITLV Press, 2008. 252 pp. ISBN 978-90-6718-278-2. (Verhandelingen van het Koninklijk Instituut voor Taal-, Land- en Volkenkunde, 241) Price: € 34.90

This book provides a rich descriptive account of healing practices amongst the Maybrat in northwest Ayfat, a region in the interior of West Papua's Bird's Head. Basing on thirteen months of fieldwork, Courtens explores the rituals, knowledges, and medicine of traditional healing in the village of Ayawasi. Older healing practices are juxtaposed with newer ones, namely Christian prayer offered by the local prayer group Kelompok Sabda. According to Courtens, a core question that drives her work is, “[h]ow do people's choices of healing performances in contemporary northwest Ayfat relate to religious change and gender?” (8).

A major theme that Courtens explores is how healing choices are informed by people's relationship to both *adat* (traditional beliefs) and to the church. As with many indigenous peoples, Maybrat health and causes of illness are almost always related to the social, moral, and spiritual world and, so with the arrival of the mission in the 1960s, the Maybrat added another layer of moral and spiritual attribution for illness onto more long-standing ideas. In many other parts of Melanesia the realm of tradition and the church are characterised by conflict, yet amongst the Maybrat these two domains have moved from a position of contention to one of balance. Through an ongoing dialogue over time, the idea of illness as a result of God's Will and the practice of prayer and Christian living – as both prophylaxis against sickness and as treatment for illness and disease –, constitutes one frame in a range of healing options.

The book opens with a compelling tale of a mystery illness suffered by a beloved member of the community, Mama Raja. This story captivates reader's attention, while providing the underlying structure for the book. Throughout the next eight chapters we trace the local search for an etiology and cure for Mama Raja. In these chapters, through rich ethnographic data, we are introduced to, and learn about indigenous concepts of witchcraft and sorcery; various kinds of spirits of the underworld; different kinds of healing rites and traditional medicines; the significance of the mission in local history; the local Christian healing group, and lastly, about the mission-founded but government-run hospital that operates today.

For some readers, Courtens' attention to detail and subjective impressions comes at the expense of more “hard” data. I personally would have enjoyed more information about the differing kinds of illnesses the Maybrat are afflicted with, as well as epidemiological changes in the region at the beginning of the text. Yet such data may overlook the main goal of this book. Courtens, in the words of her choosing, seeks to construct an “emic” and “performative” account of healing. To this end she is less interested in the medical effectiveness of treatments and more in the social outcomes of specific healing performances. In prioritising local experience and knowledge, Courtens effectively creates an interesting and informative account of the cultural process of healing within the Maybrat.

Considering the trend toward at least acknowledging political-economic issues in ethnographies today, this strong culturalist bent and taxonomic focus on the domains of healing performances secures Courtens' book a place within the contemporary anthropological literature. Her focus on the relationship of gendered and religious change to healing choices and performance appears a little misplaced if we consider that, aside from the mission, the Maybrat are entwined with varied national and global forces that influence the gendered spheres of health, illness, and healing.

Courtens' lack of engagement with macropolitics is likely due not only to her choice of paradigm but also to her fieldwork being carried out in the mid-1990s. In the few years prior to the fall of President Suharto in 1997,